LA CONQUISTA DEL ALMA.

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

El Rey Alvedrio.
El Príncipe Chrisidoro. Christo.
Didimo. El Entendimiento.
Alminda, Princesa. El Alma.
El Príncipe Luzbello. Luzbél.
Gracelio. La Gracia.
Justa. La Razon.
Petis, Gracioso. El Apetito. *Música.*

JORNADA PRIMERA.

Salen el Rey Alvedrio, el Príncipe Luzbello y Didimo.

Alv. Didimo, en mi Palacio Entẽdimiẽto
y el mas querido Consejero mio,
con claro y perspicáz conocimiento,
los peligros me avisa de tu brio.
Y aunq̃ pudiera yo cumplir tu intento.
que al fin soy Rey, y soy el Alvedrio;
pero es, Luzbello, acierto mas seguro,
el prevenir con tiempo el mal futuro.

Luz. No contra tí mi indignacion fulmino,
que procedes, al fin, aconsejado:
mas de Didimo el ciego desatino,
quedará por mi furia castigado.
No sabes, Rey, por quantas peregrino
ciudades, amoroso he caminado
en busca siempre de tu Alminda bella,
por qué gozase en mí mayor estrella?
Dime, Didimo, presumido viejo,
de donde contra mí tan atrevido,
que te arrojas á dar tan vil consejo,
quãdo sabes muy bien, q̃ á Alminda pido.
Mas justamente de tu error me quexo,
quando afirmas me tienes conocido;
pues mal puede ignorar quien me conoce,
serme debido que á Alminda goce.

Didim. Es la Infanta una imágen soberana
del cielo mismo, y de su autor divino,
celeste imitacion en forma humana,
que con supremas gracias la previno.
Esta, pues, de sus manos prenda ufana,
en dádiva preciosa al Rey le vino;
porque, en efecto, al Alma el cielo pio;
en manos la dexó de su alvedrio.
La gran sabia Fedéa, á quién el cielo
me ha dado por maestra de mis años.
que es la Fé, por quien vivo, sin recelo
de aconsejar al Rey vanos engaños,
me ha dicho, Luzbello, el desconsuelo,
la gran fatiga, los eternos daños,
con que á Alminda el cielo la amenaza,
si contigo en un vínculo se enlaza.
Dirasla al principio mil amores,
y ofrecerasla, falso, montes de oro;
y para que se incline á tu favores,
será del ancho mar corto el tesoro.
Mas ay! q̃ al punto en cárceles de horrores
la querrás condenar á eterno lloro;
que sabes, con tiranas injusticias,
atormantar lo mismo que codicias.

Es el alma legítima heredera
de un Reyno tan glorioso y dilatado,
que los términos excede de la esfera,
que engasta en plata el piélago salado.
De esta corona, que adquirir espera,
por dulce fin de su dichoso estado,
pierde el derecho que gozar pretende,
si á ruegos del pecado condesciende.

Luzbell. No piense tu sagaz bachillería,
Didimo, que me dexa convencido,
que si tu engaño contra mí porfia,
quedará en el mar de mi furor teñido.
No puede obscurecer la gloria mia,
de tus palabras el confuso ruido,
q̃ ántes que el Sol esmalte su occidente,
alarde haré de mi esplendor luciente.
Si de Reyno opulento y anchuroso
es dueña el alma como tú blasonas,
no perderá en tenerme por esposo
otros mas ricos Cerros, y Coronas:
que en mi linage ilustre y generoso,
(aunque tú injustamente le baldona)
verdrá á quedar su gloria mas lucida,
estando siempre á mi grandeza unida.
En fin, el interés de mi porfia,
ha de alcanzar su efecto pretendido;
y si llega la injusta tirania,
á apartarme de premio tan debido,
hoy ha de verse la venganza mia
superior á la envidia, y el olvido;
y quando el Rey en mi furor no tuerza,
yo á su Alminda robaré por fuerza. *Vas.*

Alvedr. Furioso va.

Didim. Es tan terrible,
en su furor denodado,
que pasa de lo pesado
al término de insufrible.
Prosigue siempre constante
en tu determinacion;
y advierte la condicion,
ó Rey! de este falso amante.
Qué derrotado navegas,
si oidos á sus quexas das,
y qué dichoso serás,
si quanto pide le niegas!
No te mueva su furor,
ni sus promesas tampoco,
que aquel le declara loco,
y aquestas engañador.
Advierte, Alvedrio, advierte,
que eres Rey del Alma ya,
por ley suprema, y está
en tí su vida, ó su muerte.
Luzbello, Rey de tinieblas,
no es justo que al Alma goce,
guardáte, Rey, y conoce
la obscuridad de sus nieblas.
No te engañe la embozada
lisonja, con que convida,
que es veneno la bebida,
aunque es la copa dorada.
Y si ahora muestra amor
al Alma, como al fin ves,
al punto que se la des,
le ha de trocar en rigor.

Alvedr. Ya estoy, Didimo, advertido
del engaño con que intenta
mi daño y eterna afrenta,
aqueste amante fingido.
Mas Alminda viene aquí,
y vuestra hermana con ella.

Didim. Mira que prenda tan bella
el cielo fió de tí.

Salen Alminda y Justa.

Almind. Rey y Señor?

Alvedr. Alma mia?
en cuyo gusto y consuelo,
tiene vinculado el cielo
mi descanso y alegría:
cómo está?

Almind. Señor, ya sabes
que estoy siempre á tu servicio,
pues tienes, por propio oficio,
de mi dominio las llaves.
Dióte el cielo potestad
sobre todas mis acciones,
con que siempre las dispones
conforme á tu voluntad.
Y así, segun lo que ordena,
ó Alvedrio! tu poder
puedes de mi disponer,
que esté mala ó esté buena.
Y porque tu solo eres,
por quien mala ó buena soy,
si preguntas como estoy,
diré, que como quisieres

Alvdr. Dióte el cielo soberano
gran discrecion y cordura,
al fin como bella hechura
de aquella divina mano.
Justa, mucho me consuela
ver que al Alma acompañéis,
que bien la aconsejaréis.
Almind. Siempre Justa se desvéla
en lo que me está mejor;
con ella estoy muy ufana,
al fin, de Didimo hermana,
tu Consejero mayor.
Ella en ninguna ocasion,
Señor, de avisarme dexa,
y es razon lo que aconseja,
porque es la misma razon.
Just. El amor que te cobrado,
por tu suerte milagrosa,
me obliga, ó Alminda hermosa!
á asistir siempre á tu lado.
Didim. Mi hermana, Señor, yo sé,
que tendrá bien defendida
á tu Princesa querida.
Alved. Así, Didimo, estaré
seguro siempre y contento:
yo á defenderla me obligo,
si están con ella, y conmigo
la razon y entendimiento.
Vamos los dos á tratar
del gobierno; y aquí quede
la razon, que es la que puede
solo al Alma gobernar.
Just. Será siempre mi cuidado,
cumplir con tu voluntad,
que es en mi felicidad
corresponder á mi estado.
Ahora, ó Alminda hermosa!
vamos á tratar, si os place,
al retiro, donde trace
mi amor tu dicha gloriosa. *Vanse.*

Salen Luzbello y Petis.

Luzbell. En fin, Petis, que entraste
del Rey en el Palacio, y te agregaste
ya en su familia y casa?
Pet. No anduvo en mi la diligencia escasa,
en cumplir, ó Luzbello! lo encargado:
entré y fuí recibido, y hospedado
de quanta chusma en el Palacio habia,
con muestras de placer y de alegría;
en mi recibimiento:
los criados brincaban de contento;
y lo que mas es el Rey y la Princesa,
caripascuas salieron muy apriesa
á verme entre ambos y dar la bien venida,
muy contentos de verme en su acogida;
porque en fin, el deleyte y apetito,
siẽpre halla en los Palacios buen admito:
solamente un Anciano,
arrugado, giboso y barbicano,
me miró de mal ojo,
llevando la alegría con enojo,
y dixo al Rey con mucho sentimiento,
que en tratarme anduviera muy atento,
porque lleno de engaños yo venia;
bien que esto el Rey lo tuvo á cobardía.
Pero quien mas sentido
se mostró en el gozo recibido,
fué una sañuda Dueña,
tan arisca, tan osca y zahareña,
y tan cara de muy pocos amigos,
que detrás de trescientos mil postigos,
ó en una ratonera,
esconderme quisiera,
ántes que haber mirado
retrato tan horrible y descarado.
Mas yo á la muy bellaca la prometo,
que lleve bien zurrado su coleto;
si bien con mis ficciones
deshice por entónces sus razones;
y así, Alminda me quiere,
y Alvedrio Rey, por mí se muere.
Aquesto es lo que pasa y lo que corre:
bien será ahora, que la panza aforre.
Luzbell. Dexate, de esos dichos,
y muda de caprichos,
que no estan para gracias
mi peche, mi afliccion y mis desgracias:
vamos á lo que importa.
Pet. Lo que á mi me conviene es una torta,
con sus longitas gordas de tocino,
y tras de ellas un trago de buen vino,
que mi tripa vacía,
ya no puede sufrir la batería
de tantos torbellinos,
que en mi vientre se dan los intestinos
Luzb. Despues comerás, Petis, dime ahora.

no le dixistes al Rey, que al Alma adora
mi espíritu amoroso:
Pet. Sí, todo se lo dixe cauteloso.
Luzbell. A su Alminda tambien no la dixis-
que en mí su amor asiste? (te,
que es un bolcan mi pecho,
á cuyo activo ardor está deshecho?
que amante fino, y sólido idolatro
de su hermosa beldad en el teatro?
Pet. Dixela maravillas,
que bastaban, par diez, á hacer cosquillas
al Alma mas modesta y retirada.
Luzbell. Y dime, Alminda, qué responde?
Petis. Nada;
porque siempre á su lado
va aquella mala Dueña, y con cuidado
la amonesta, y avisa con razones,
quanto digo de tí ser invenciones.
Luzbell. Y á eso, qué dice el Alvedrio?
Petis. Un desvarío;
pues tan prendado estando de tu talle,
de tu amor y riquezas, en hablalle
del caso con Alminda,
me dice, que vuesarcé tenga paciencia,
hasta que él tenga indulgencia plenaria,
venida de las tierras de Gamaria,
de vivir vida holgona,
vida á la babala y la follona;
y así me dixo, muy metido en gorra,
que por Esposa vaya á Gomorra. *Vas.*
Luzb. He escuchado, Apetito, mis agra-
tem blándome los labios, (vios;
arrugada la frente,
con ceño el rostro, la color ausente,
el pecho muerto, y viva la congoja,
que estas las señas son de quien se enoja:
reportaréme algun tanto,
y padecer desdenes entre tanto.
Y tú, que ya en Palacio te has entrado,
prosigue cuidadoso en tu cuidado,
que en eso tengo puesta mi esperanza;
y avisame de todo sin tardanza. *Vans.*
Salen el Príncipe Chrisidoro y Didimo.
Chrisid. Es tan grande el placer y la ale-
Didimo, de este dia, (gría,
que tu gran diligencia,
y de tu hermana Justa la prudencia,
me han asegurado,
que del todo sosiego mi cuidado,
alterado en los zelos,
que en mi pecho brotan los desvélos
de un Príncipe tirano,
envidioso, cruel é inhumano.
Didim. Al punto, Chrisidoro, que llegaste
de tu largo camino, y me mandaste,
que me fuese al Palacio de Alvedrio,
Rey, y Señor, en cuyo poderío
está puesta la Joya mas preciosa,
la beldad mas hermosa,
(digo á Alminda, Princesa soberana)
allá me fuí, con la razon mi hermana,
donde fuimos entrambos hospedados
con mil muestras de afectos estremados
del Rey, y la Princesa, (dos
y esta fué de tu amor primera empresa.
Pasó mas adelante
la larigueza del Rey, siempre constante
á nuestro noble proceder atento,
que en Palacio quedásemos de asiento,
honrándonos con cargos levantados,
á mí de Consejero en sus Estados,
y á mi hermana por Aya de su Infanta,
á la qual en amores se adelanta,
y con buenas razones la dispone,
de suerte que á tu parte se afi ione,
y así no dá lugar á los engaños,
y rebozados daños,
que traza ese Luzbello con delito,
por su ministro vil el Apetito;
y de la misma suerte
procedo yo, por evitar su muerte,
con el Rey Alvedrio;
dexa, pues, Chrisidoro, á cargo mio,
el que poseas victorioso al Alma,
y alcances de tu amor gloriosa palma.
Chris. Muy contento estoy, Didimo, y
de tu grande cuidado, (pagado
y de la diligencia, (cia
q̃ tu hermana ha tenido en su advertencia
mas pues el Rey y Alminda aun no saben
mi venida, y tampoco en mi caben
penosas dilaciones,
que atormentan mi amor y pretensiones,
vamos, que al Rey darás una embaxada
de mi parte; y en ella mi llegada
le notificarás, y mis amores,

mi pretension, mis zelos, y dolores;
los pasos acelera,
y en el Palacio, Didimo, me espera.
Didim. Es fuerza, señor, ir sin tardanza
á obedecer en todo mi esperanza. *Vans.*

Salen Alminda y Justa.

Just. Prosigo con mi obediencia
en lo que habemos tratado.
Almind. Prosigue, pues yo te he dado
las llaves de mi obediencia.

Sale Petis de muchacho.

Petis. Ni me dán de merendar,
ni aun hacen caso de mí.
Just. Este rapaz viene aquí
á estorvarme, qué pesar!
Almind. Qué hay Petis?
Petis. Mas qué no hay?
Vos me tratais de manera,
que siempre cantar quisiera
el tono del ay, ay, ay;
la Razon no hay apartalla
de vuestro lado un momento,
y el Apetito, aunque hambriento,
que se cuelgue de la agalla:
pese á tal con la razon!
Just. Qué descortés siempre estás.
Petis. Como si importase mas
la razon, que la racion:
Señora, no me maltrate
por la razon, su merced,
que tambien yo haré, si hay sed,
la razon por el gaznate.
Quitadla de vuestro lado,
que manda mas que una suegra,
y la razon no me alegra,
sino quando estoy brindando.
Siempre contra mí se alza,
como una tirana injusta,
aunque bien la llaman Justa,
que es mas Justa, que una calza.
Just. Vos sois un descomedido,
y sois un deshonra de buenos.
Petis. Descomedido? á lo ménos,
vos me teneis descomido.
Just. Id mucho en hora mala,
yo sé, que comido habeis
mucho mas que mereceis.
Petis. Doña Justa, ó Martingala,
como á esclavo me tratais,
y me teneis trashijado?
Just. No veis, que el cielo ha mandado,
que vos mi esclavo seais?
Petis. Hermana Justa, recelo,
que mil engaños os venden
estas Beatas, que entienden,
que hablan luego en el cielo.
El cielo manda, que vos
con rigor no me trateis;
vos me tratais, y así haceis
contra lo que manda Dios.
Y que hableis con la otra vida,
es terrible desconsuelo,
qué siempre os revela el cielo,
que me acorteis la comida?
No habrá un Angel merendon,
que revele por ahí,
que me entregue Justa á mí
cada tarde un pastelon?
Que siempre tengo de hallar
en la Bótica de Justa,
para morir muerte injusta,
un recipe de ayunar!
Almind. Petis, no te mata Justa,
en lo que dices advierte.
Petis. Para quién hay mayor muerte,
que quitarle lo que gusta?
que ya os daba, apostaré,
con retóricas morales,
mas consejos que animales
tuvo el Alca de Noë.
Primero os querrá poner
(que á eso tiran sus cuidados)
en la boca dos candados,
para no hablar, ni comer.
Luego os dará un Rosariazo,
de cinco varas ó seis,
para que rezando deis
con cada cuenta un porrazo.
Que es Beatona, y se contenta
mucho de aqueste artificio;
plegue á Dios, que el dia del Juicio
no haga mas ruido su cuenta:
que mas de seis veces llegan,
aunque mas disimuladas,
aquestas boquiplegadas,
al tiempo que se despliegan.

Dará, porque os arrobeis,
traza de que un soplo os mueva
aunque muger es, no es nueva,
que todas así os moveis.
Llamaréisnos Hermanicos,
cortareisos el cabello,
y cargareisos al cuello
cincuenta bolas de trucos.
Vestireisos de sayal,
con un manto de tres suelas;
amoeceránse las muelas,
y á mí me estará muy mal.
Por comida no habrá mas,
que mucho de canelon,
del que hace la traicion,
sacudiendo por detrás.
No has de tener hora buena,
Alma, si no soy tu amigo.
y si Justa está contigo,
siempre serás alma en pena.
Almind. No tienes razon, Petis.
Petis. Que no la tengais deseo;
y que reñirémos creo,
si á Justa no despedís.
Just. No presumas, Apetito,
mudar mi justo cuidado,
que por no verte enojado,
mi condicion facilito.
Y por mas que te enarboles
sabré tu orgullo vencer,
que soy Razon, y han de ser
preferidas mis razones.
No pienses ganar la palma
en el Reyno espiritual,
que quien es tan material,
no ha de reynar en el Alma.
Es tosca, amigo, la ley
de tus injustos tributos,
porque á tí solo los brutos
te reconocen por Rey.
Petis. A mí bestia? ménos voces,
que si llegais á picar,
os sabré yo derribar
del Reyno del Alma á coces.
Just. Alminda siempre condeno
el trato de este atrevido,
entra endulzando el oido,
para arrojar el veneno.
Si conservarme deseas,
nunca con sus quexas luches
ni sus donayres escuches,
ni sus persuasiones creas.
Tenle rendido en el suelo,
que si él en el suelo está,
de escala te servirá,
para que subas al cielo.
Petis. O qué bien lo acomodaste!
mas á fe, que si la escala
se bambolea, ó resvala,
suele dar con todo al traste.
Sale el Rey Alvedrio y Didimo.
Alved. Una embaxada ha traido,
de Chrisidoro enviado,
Príncipe recien llegado,
mi Consejero querido.
Y con él vengo á buscarte,
ó Alminda! para que adviertas,
con atenciones despiertas,
quanto habláre de su parte.
Dice es Señor soberano
aqueste Rey valeroso,
por Príncipe y por piadoso,
tan divino, como humano.
Y tanto de su grandeza.
Didimo me ha asegurado,
que á Chrisidoro empleado
ver quisiera en tu belleza.
Tomemos, Alminda, asiento,
y tu la embaxada dí.
Sientanse el Rey y Alminda.
Didim. Prosperad, cielos, aquí
luces al Entendimiento.
Petis. Yo creo, que á darme enojos
el Chrisidoro ha venido;
la Justilla lo ha entendido,
ya se la alegran los ojos.
Pero y procuraré *ap.*
presto el fustrar sus intentos:
á mi Amo voy por momentos,
y lo que hay le contaré. *Vase.*
Didim. Chrisidoro, el piadoso
el mas noble de todos los mortales,
discreto y generoso,
pisa ya, ó Alvedrio! tus umbrales;
que á tu Reyno ha llegado,
de tu bella Princesa enamorado.

De amores tan rendido
viene el valor, que encierra soberano,
que aunque divino ha sido,
ya comienza tambien á ser humano.
Y así, para su Esposa,
Chrisidoro te pide al Alma hermosa.
Sabe, que amante fuerte,
te la pide Luzbelio, y condolido
de la infelice suerte,
que el Alma ha de tener cō tal marido,
quiere su noble mano
rescatarla de dominio tan tirano.
Yo soy Entendimiento,
Ministro suyo, y traigo su embaxada;
justo será que atento,
trates de darle en tu Reyno entrada,
y á Alminda un Esposo
noble, rico, discreto y amoroso.
Mira, pues, no resista
tu duro pecho al llamamiento mio,
pues el cielo conquista
por mi medio tus puertas, Alvedrio,
y de amor abrasado,
ya en Palacio Chrisidoro ha entrado.

Sale Petis de Embaxador.

Petis. Luzbello, el mas glorioso,
de ascendencia inmortal, y siempre augusta,
me envia, ó Rey famoso!
á proponer una embaxada justa,
y es, que pretende hablarte,
y de sus pretensiones informarte.
Yo soy su gran Privado
el Apetito, medio de sus glorias,
por quien ha conquistado
tantas Almas, con prosperas victorias,
á cuya dulce guerra
se rinde lo mas fuerte de la tierra.
Por mí venció batallas
de famosos guerreros esforzados;
por mí asaltó murallas,
y puso Reynos á sus pies postrados;
que no hay guerra mas dura,
que la que se acomete con blandura.
En mi valor confia,
que ha de rendir á tu Alminda hermosa;
y la potencia mia
á su esperanza no tendrá quexosa;
que empresas mayores
han postrado mis fuerzas superiores.
Hablaré, al fin, quisiera,
y está esperando á que subir le mandes.

Didim. Rey, Chrisidoro espera,
y entrar puede?

Alvedr. Confusiones grandes!

Almind. Señor, qué nos turbamos?
entren los dos, y su razon oigamos.

Just. O qué dichosa fueras,
si á Luzbello la entrada le negarás!

Petis. Si á este otro no admitieras,
yo sé que alegremente lo pasáras.

Almind. Justa, no hay cosa hecha,
que quien oye, ni admite, ni desecha.

Llega cada Embaxador á su puerta y salen Chrisidoro y Luzbello.

Chrisid. Noble Rey valeroso:-

Luzbell. Espera, Nazareno, no conoces
á Luzbello el famoso?

Chris. Bien sé quien sois, Luzbello, ménos voces.

Alm. Qué lindo es Chrisidoro!

Just. Tendrás, Alminda, en él rico tesoro.

Luzbell. Escucha, porque quiero
primero hablar.

Chris. El mal de allí te vino,
de querer ser primero.

Luzbell. Eres un derrotado Peregrino,
y contra mí te opones?

Did. Engaños serán todas sus razones *ap.*

Luz. Ya sabes, Rey poderoso,
que soy Luzbello, absoluto
señor, á cuya voz tiemblan
el cielo, el abismo y mundo.
Yá conoces el poder,
con que á mis Reynos difusos,
hago, que Naciones tantas
paguen contínuos tributos.
Yá te consta, que he vencido
Reyes y Monarcas muchos,
que como esclavos habitan
mis calabozos profundos.
Querer decir mis hazañas,
será contar en un punto
los Exércitos, que forman
átomos del Sol menudos.
Mi generosa nobleza
humano orígen no tuvo,
que allá en la esfera celeste

mi claro sér se produxo.
Mi hermosura es tan notoria,
que en varios fragrantes humos,
adoraciones ofrecen
mil Provincias á mis cultos.
Mi riqueza es infinita,
pues yo desprecio, y hundo
quanto encierra el ancho mar
en un salado sepulchro.
Al fin, mis grandezas son
tantas, que en vano reduzgo
á número mis blasones,
tan coronado de triunfos.
Quién será tan arrogante,
que pretenda estar seguro
de mi furor, quando solo,
rendir el Orbe procuro?
Quién podrá contradecir,
de mi dominio absoluto,
la ley, que sin freno corre
por los campos de mi gusto?
No soy el, que dando saco
á los celestiales muros,
de tantas antorchas bellas
hice carbones inmundos?
Soy quien penetrando esferas,
y atravesando caluros,
quise emprender á mi Trono,
que el cielo rindiese cultos?
Soy el que á mis perfecciones,
divinidad atribuyo,
sin querer en excelencia
ser al mismo Dios segundo?
Soy de quien tiemblan los Orbes,
en cuyo poder robusto
hallan los piélagos freno,
y sienten los montes yugo?
Soy quien trocando las leyes
de Ceres y de Neptuno,
con aprensiones violentas,
golfos aro y campos surco?
Soy aquel, que con mi aliento,
ó con mi belleza, anublo
al Sol, quando mas ufano
sigue sus celestes rumbos?
Tienen dominio en mis glorias
de los Astros los influxos?
está sujeto mi imperio
al vario tiempo caduco?
Siente acaso mi granduza
los asaltos importunos
de un desastre? ó de una muerte
los mal regidos impulsos?
El que de mi campo sigue
las vanderas, quándo supo,
ni lo duro de un pesar,
ni lo amargo de un disgusto?
Pues si yo á Alminda pido,
qué pecho habrá tan injusto,
que la procure, sabiendo,
que no me iguala ninguno?
Será razon, ó Alvedrio!)
que un Nazareno desnudo,
me preceda y anteponga
sus desmayos á mi orgullo?
Será razon despreciar
el alto Cetro, que empuño,
prefiriendo un desvalido
á mi valor, siempre augusto?
Yá la cólera me anega,
con el sufrimiento lucho,
y mi pecho altivo inunda
de furores un diluvio.
Pero mirando (ó Alminda!)
los hermosos ojos tuyos,
Soles, que nacen de un parto
en un oriente purpúreo,
refreno mi furia toda,
mis despechos disimulo,
mis impaciencias destierro,
y mis enojos sepulto.
Si tu libertad entregas
á los brazos, que procuro,
dándome el premio, que piden
mis gloriosos atributos:
Verás las felicidades,
con que tu hermosura ilustro;
sin que tus humbrales toquen
desastrados infortunios.
Verás como del Oriente,
los tesoros acumulo
á tus plantas, porque sean
tapétes de tus coturnos.
Verás como al Sol sus rayos,
por ser de sus trenzas hurto,
le quito, y á tu cabeza

sus cabellos restituyo.
Verás, que á tu juventud,
eternidad aseguro,
y á tu dorada hermosura
divinas aras construyo.
Verás como no descanso,
por regalarte, un minuto,
desde el bullicio del dia,
hasta el silencio nocturno.
Finalmente, dichas tantas,
si me prefieres, te anuncio,
que para solo contarlas
le faltan al tiempo lustros.
Y así, Estrangero, te aviso,
que pues mi intento descubro,
verte opuesto á mi deseo,
ni lo apruebo, ni lo sufro.
Si prosigues tu porfia,
has de ver como destruyo
las Celestiales esferas,
desde la Luna á Saturno.
Verás el denuedo altivo,
con que en furores prorrumpo,
y en belicosas campañas,
rayo animado discurro.
Verás de quantos te siguen,
hecho mi alfange verdugo,
con que ensangriento el mar,
con que los campos inundo.
Verás de mi vulto ayrado,
el semblante, con que turbo
los cielos, con que á mirarme
no se atrevieran sin susto.
Verás, que á sola mi voz,
el Sol parará su curso,
quedándose los caballos,
ó pasmados, ó difuntos.
Y si desnudo el alfange,
y embrazo el lucido escudo,
verás, que en menudas piezas
tus Soldados desmenuzo.
Y viendo el valor que encierro,
los orgullos que confundo,
las injurias que castigo,
las amenazas que cumplo.
Chrisid. Yo soy Chrisidoro el Pio,
¡ ó Rey ! porque siempre quise,
que fuese en mi la piedad
de mis blasones el timbre.
La verdad, y mansedumbre,
serán las columnas firmes,
en que de mis excelencias
la noble fábrica estrive.
Que no ha menester mi gloria
eloquencias, que la pinten,
furores, que la defiendan,
ni engaños, que la acrediten.
Mi ascendencia soberana,
en dos líneas se devide,
que aunque infinito distaba,
en mí vinieron á unirse.
La una fué tan antigua,
y tan noble, que no admite
número alguno en los siglos,
ni rastro de humano orígen.
Con su duracion perpétua,
nunca los tiempos compiten,
que sus divinos blasones,
á eternidades se miden.
Por otra parte me toca
ascendencia mas humilde,
porque fué mi Padre Adan,
de calidad corruptible.
Dióle de su mano el cielo,
para que contento habite
en los Campos Damascenos,
un Reyno, que en sí consigue
ricas, y opulentas tierras,
y Paraisos apacibles:
allí pasaba la vida,
siempre en sucesos felices,
en los campos, donde fueron
todos los meses Abriles,
hasta que el comun contrario,
qual sierpe antigua, que vive
preñada de los engaños
de sus traiciones tan viles.
Por medio, ay cielos, ¡ qué pena
de un no grandioso convite,
dorado con los rebozos
de su ser apetecible.
De una muger á los leves
apetitos femeniles,
executándo el deseo,
ó ya goloso, ó ya simple.
Trató su envidia engañosa

un devate tan terrible,
con que á mis padres, no atentos,
á su dominio les rinde.
Logró, al fin, el enemigo
sus perniciosos ardídes,
y de mi fragil linage
fiera victoria consigue.
Yo que ví de sus imperios
á mis padres infelices
desterrados, y con pena
no peligrasen sus fines.
Pesaroso, que en sus hijos,
por justa ley infalible,
de su descuido culpable
el castigo se derrive.
Mi tierno pecho amoroso
sosiego no me permite,
miéntras no dexo á los mios
de tantos peligros libres.
Carguè, pues, sobre mis hombros,
mas fuertes que los de Aquiles,
las menguas de mi linage,
y los males, que me afligen.
Y viendo, que el justo cielo
en sus decretos decide,
que yo, por bien de los mios,
por el mundo peregrine.
Escogí para embarcarme
una hermosa Nave Vírgen,
á quien del primer combate
infeliz, la saqué libre.
Porque de su amor llevado,
con mi gracia la previne,
que pues me fué Madre, es justo,
que á las demas se anticipe.
Su materia, siempre pura,
fué de Cedro incorruptible,
fué de Palma victoriosa,
y fué de Ciprés sublime.
No entró en su fábrica el yugo,
que violentamente oprime
de los hijos de los hombres
las desdichadas cervices.
Yá es hoy estrella luciente,
alva hermosa, que se rie,
quando lloran los demas
sus tinieblas infelices.
Luna clara, que á menguantes,
jamas su belleza rinde,
ardiente Sol, no sujeto
al comun fatal eclypse.
Al Puerto, en fin, de este mundo
llegué, donde tantas suertes
me combaten, mas que esconden
las Scilas y Charides.
A ocho dias una herida
mi tierno cuerpo recibe,
que quien pone el pie en el suelo,
no es milagro que se pique.
A trece tres Nobles Reyes
me adoran, porque perciben
rayos de mi luz divina
por los humanos viriles.
A quarenta Simeon,
blanco profético Cisne,
mis dolores, y trabajos
con sonora voz predique.
Ni Sibila me faltó,
pues la de Lunas fué lince,
que vió de lexos mi vida,
y en dulce verso la escribe.
Peregriné algunos años;
pero á los doce perdime,
y entre sabios me halló alegre
la que me buscaba triste.
Doce nobles compañeros
en mis peligros me siguen;
sí bien tal vez he sentido,
que el temor me los desvie.
Mas yo, como buen Pastor,
ántes que se descaminen,
supe con silvo amoroso
volverlos á mis rediles.
Uno solo me vendió,
que aun á veces asisten
corazones, donde caben
resoluciones tan viles.
Juntáse á mis enemigos,
y alevosamente finge
mil caricias, que me engañen,
y engaños, que me acaricien.
Mas por saber, que á Alminda,
que es el Alma, (á quien elige
para mi Esposa mi pecho,
con amor siempre invencible)
le es conveniente, que yo

á padecer me convide,
quise entregarme á mi mismo
á duras, sangrientas lides.
Al fin, en lo mas florido
de mis años juveniles,
quando la mano del tiempo
contó dos veces los quince.
Quiso mi amor, siempre grande,
que alentado me dedique
á que la envidia me culpe,
y á que la culpa me envidie.
Sonaron de la batalla
los belicosos clarines,
y por mil partes rabiosos
fieros contrarios me ciñen.
Qual, locamente irritado,
golpes de acero despide,
y á qual mas atrevido,
dedos en mi Rostro imprime.
Lastimeme de que el cielo,
al parecer, se me indigne,
y en mis congoxas mayores
Caliz amargo me brinde.
Pero mi amor, que me avisa,
que mi sangre sacrifique,
me anima, que dé á la tierra
roxos, lucidos matices.
Vila entónces, que adquiria,
con el licor que la tiñe,
nueva hermosura en esmaltes,
fertil riqueza en rubíes.
Navegué, al fin, en un leño,
de congojas increibles
un mar; si bien á tres dias
á Puerto alegre me rige.
Salí, pues, de la batalla
con mil victorias insignes,
y de esta, Alma, pretendo,
que tu sola participes.
Estas finezas, ó Alminda!
bien será que las estimes,
pues padeciendo he querido,
que mi amor se califique.
Quiera el cielo que á tu Reyno
mis designios se encaminen,
y mi anchurosa Corona
sobre tu cabeza estrive,
que unida á la gran diadema,
á mil dichas te sublime.
Solo te encargo, ó Alminda!
solo te encargo, que mires,
que no por amor Luzbello,
mas por interes te sirve.
Guardate de sus furores,
no quieras que tiranice
tu luz, y en sus calabozos
furioso te precipite.
Recatate á sus palabras,
á sus promesas resiste,
que son sus principios dulces,
y son amargos sus fines.
Mira que te va la vida,
advierte, que no te fies
de él, que es blando en alhagos,
y son sus hechos de tygre.
Solo mi afecto amoroso.
es justo que solicite,
tu pecho, tu amor alcance,
y tus favores conquiste.
Mira que en quererme á mí
eternidad te apercibes,
Sol, Gloria, Estrellas y Cielos;
para que tus plantas pisen,
y en mi un amor tan firme,
que viva el Fenix, y muera el Cisne.

Levantáse Alminda alterada, y da dos pasos, y el Rey queda sentado: al lado derecho, en pie, Chrisidoro, Justa, y Didimo; al otro lado Luzbello y Petis, van llegando, como les tocáre, á tirar de la ropa á Alminda.

Almind. Cómo, piadosos cielos,
quereis que se sujete
á sustentar el Alma
combate tan valiente?
Qué olas tan terribles,
furiosas acometen,
con dudas de mi vida,
con dudas de mi muerte!
Luzbello solicita,
y liberal me ofrece
riquezas y regalos,
blanduras y deleytes.
Chrisidoro, benigno,
me conquista, y me mueve,

pues ha por mí sufrido
tormentos tan crueles.
¿Qué harémos, Alvedrio?
¿A quién rendirme quieres?
¿A quién me ofrece un mundo,
ó á quién por mí padece?
¡O terribles encuentros!
¡dura conquista fuerte!
suspensiones me asaltan,
y asaltos me suspenden.
Didim. Ya mi discurso claro,
te hace, Señor, patente,
lo amargo de los males.
lo dulce de los bienes.
Ya que el Entendimiento
de todo te previene,
resuelvete, Alvedrio,
pues Rey del Alma eres.
Chris Ahora es tiempo, Amigos,
luz clara, no te alexes,
llega, y alumbra al Alma.
Did Infierno, Gloria, y Muerte. *Al oido.*
Almin. ¡Qué terrible aldabada!
Luzb. Apetito valiente,
haz que frustrado salga
aquel auxilio débil.
Pet. Banqueres, fiestas, galas.
Almind ¡Qué blandas, que acomenten
delicias regaladas,
y pegajosos bienes!
Chris. Razon, amiga, llega.
Llegase la Razon á Alminda.
Just. Vislumbres aparentes
son las que ofrece al mundo.
Almind. ¡Ay! qué razon que tienes,
no mas mundanas glorias,
fugitivos deleites,
mentiras engañosas,
y promesas infieles.
Luzbell. ¿Qué aguardas, Apetito?
Petis. Pabos, sopa de leche, *Al oido.*
perdiz, conejos, pollos,
cabrito con su prebe.
Alm Qué libre el Apetito
á la razon se atreve.
Chris. Entendimiento, llama.
Didim. Vivir eternamente. *Al oido.*
Alm. ¡O qué eficaz auxilio!
¡ay cielos! ¡qué he de verme
á donde eterna dure
mi buena, ó mala suerte!
A fuera injustos gozos,
á fuera, glorias leves,
mundanas apariencias.
Luzbell. Petis, amigo, vuelve.
Pet. Venus, humana Diosa, *Al oido.*
de platos y placeres.
Alm. No puedo resistirme,
arrastrame el deleite:
He de pasar sin gozos,
y sin que me festejen
galanes entendidos,
y Príncipes corteses?
Chrisid. Razon, que la perdemos.
Just. Vida caduca, y breve. *Al oido.*
Alm ¡Mas ay! que ha de acabarse
quando el amor promete:
sí todo es fragil polvo,
si todo es viento débil,
apariencias lucidas,
y luces aparentes,
de qué me sirve el Mundo?
Luzbell. Vuelve, Apetito, vuelve.
Petis. Ahora la derriengo, *Ap.*
vente, bobita, vente. *Llegándose.*
Daréte manjar blanco,
torreznos, cubiletes,
en el Invierno estufa,
y en el Verano nieve.
Señores, que la tumbo. *Ap.*
Almind ¡O combatidor fuerte!
¡qué todos me contrastan,
y todos me defienden!
Dos caminos descubro,
el uno me promete
contentos, regocijos,
dulzuras, y deleytes:
este presente, glorias,
el otro, eternos bienes.
Lo eterno, ¡qué importante!
¡qué vivo lo presente!
A Luzbello me inclino,
arrojome al deleite:
¡mas ay! que es despeñarme
en desastrada muerte
Me entregó á Chrisidoro,

ya la Razon me vence:
mas, ay! qué se malogran
mis tiernos años verdes!
¡O dudas enojosas!
¡O suspension doliente!
con tan fieros impulsos
el Alma desfallece.

Didim. Yo, Rey, mi oficio hice,
el tuyo es bien que empiece.

Alved. Vamos, Alminda hermosa,
Levántase el Rey, y toma á Alminda de la mano.
á ver lo que conviene.
Dexad, competidores,
que el Alvedrio pese
las razones, y al Alma,
á quien gustáre entregue.
Vanse el Rey, y Alminda por diferentes partes.

Petis Por estas † † Doña Justa,
que os ponga yo en un brete.

Just. Debaxo de mis plantas
os pondré yo, insolente. *Vase.*

Petis. Fustrado, y sin provecho,
haré, Viejo, que quedes. *Vase.*

Didim. Con mis contínuos toques
al Apetito aleve,
sus brios orgullosos
quebrantaré valiento. *Vase.*

Luzbell. ¡Qué ya no te me rindas!

Chris. ¡Qué no te me sujetes!

Luz. En tí verás mi furia.

Chris. En mí verás tu muerte. *Vanse.*

JORNADA SEGUNDA.

Salen Alminda, Justa y Petis.

Just. Discreta resolucion,
y tanto, que me asegura,
que aun excede á tu hermosura,
Alminda, tu discrecion:
al fin venció la Razon,
pues ya solo Chrisidoro
es tu centro y tu tesoro,
y con prudente valor,
estimas solo su amor,
y de su gracia el decoro.

Almind. Rindióme su cortesía,
la blandura de su agrado,
y su sosiego sentado,
con rayos de gallardía.
No temas ya, Justa mia,
verme á Luzbello entregada,
que ni me siento inclinada,
ni á ser suya me provoca
la arrogancia de su boca,
ni el denuedo de su espada.

Petis. Gentil camino tomais,
yo os prometo, que algun dia
no os parezca cortesía
lo que en vuestro Esposo amais.
Quando los golpes sintais,
Alma, de su rigor fiero,
vos le tendreis por severo;
atended á lo que pasa,
que las alhajas y casa,
que os pondrá, decir os quiero.
Tendréis por Aya moina
la señora Doña Justa,
que continuamente gusta
de meteros en pretina:
Doña Mari-Diciplina,
Moza de Cámara es,
nada limpia ni cortés,
pues tiene caprichos tales,
que anda por los arrabales,
y sirve siempre al revés.
Don Cilicio es un Criado,
áspero de condicion,
entre cano, y tan gloton,
que os comerá medio lado:
Don Ayuno trasijado,
Espensero singular,
tan largo, que os sabrá dar,
por haceros gran placer,
Quaresma, para comer,
Vigilia, para ayunar:
Al fin, tendrás una vida
cosquillosa, atribulada,
triste, afligida, menguada,
rencillosa, y aturdida.
No me andes cabizcaida,
ni me gimas, ni me llores,
trata de galas, y amores,
de juegos, y libertades,

y dexa las santidades,
que no es cosa de señores.

Just. No te lleguen á cebar
de este loco los desayres,
que con capa de donayres,
sabe tirar á matar.

Alm. A vos os le he de entregar,
para que le castigueis.

Peris. Pardios, bueno me poneis
en manos de mi enemiga.

Alm. Yo sé que nunca os castiga,
si vos no lo mereceis.
Voy á decir á Oracion,
(que es de mi amor la tercera)
ruegue á Chrisidoro, quiera
pagar mi justa aficion.
Vente conmigo Razon,
que os quiero en la soledad
declarar mi voluntad,
y será con dulces lazos,
constantes nuestros abrazos,
eterna nuestra amistad. *Vase.*

Salen Chrisidoro, Didimo y Gracelio.

Chris. Dadme todos parabienes,
pues el Alma ha conocido
la eternidad de mis bienes:
ya su esquivez he vencido,
y rendido sus desdenes.
Esta tarde ha de venir
á verme en la soledad,
y allí la quiero decir
lo fino de mi amistad,
que durará hasta morir.
Tú, Gracelio vigilante,
eres mi gracia divina,
por quien el Alma es constante,
de su beldad peregrina
no te apartes un instante.
Tú, Didimo, amigo fuerte,
defiende siempre la gracia
con tu luz clara y advierte,
que consiste en tu eficacia
el librarla de la muerte.
Y yo con mi amor divino,
por quien me llevo la palma
de este afecto peregrino.
con él estaré en el Alma,
tan amoroso y tan fino.
Dadme el parabien, que espero
dar nuevo lustre á la Gloria,
y estar muy gozoso quiero,
pues he alcanzado victoria
de Luzbello altivo, y fiero.

Gracel. Yo, Chrisidoro Divino,
seré del Alma hermosura;
y pues tu afecto es tan fino,
tu deseo me asegura
que en ella esté de contínuo.
Contigo, y con mi valor,
y con sus merecimientos,
ha de acaudalar, Señor,
de mis felices aumentos,
y finezas de tu amor.
Muestra, Señor, la aficion
de tu pecho enamorado,
y pondré su corazon
con cadenas de cuidado,
con lazos de obligacion;
porque mi presencia amable,
y condicion generosa,
si soy en el Alma estable,
pod á hacer el Alma hermosa,
y á tus ojos agradable;
borrando de su memoria
al Príncipe tenebroso,
tendrás en ella victoria,
que es tu Gracia el mas hermoso
escalon para tu Gloria.

Didim Yo, como tu Embaxador,
la ilustraré refulgente,
para que con tu favor
siempre animosa se aliente
en tu gracia, y en tu amor.
Quando tu Ciencia Divina
veo, que, si yo la llamo,
se á eficaz medicina:
Verás, como entónces clamo,
y como á mi voz se inclina:
Iré con mi claridad
derramando lumbre pura,
que traiga su voluntad,
aunque siempre con blandura,
guardando su libertad.
Y pues tu afecto enderezas
á amarla, con que aseguras,
que goce de tus riquezas

lo fino de tus ternuras,
lo tierno de tus finezas.
Segura certeza ten,
que vendrá el Alma á buscarte,
enamorada tambien:
y así, Señor, puedes darte
á tí mismo el parabien.

Chrisid. Si doy en breves razones
lo que el Alma gana en mí,
quiero declararlo así,
por estas comparaciones.
Es Mar Luzbello alterado,
que al Alma anegar pretende:
es un Toro, que se enciende
de su furor irritado.
Es fuego, que causa sed,
con infernal calentura:
es traidora noche obscura,
que prende en confusa red.
Puerto para el Alma fuí,
con que del mar se libró,
robóia el Toro, y quedó
todo el riesgo para mí.
A su sed halla consuelo
en mí, que soy Fuente pura:
soy luz en su noche obscura,
pues la encamino hasta el Cielo.
Y así, goce desde aquí
el Alma, puerto, alegría,
libertad, luz, fuente, y guia,
que todo lo tiene en mí.
Yo me voy, Gracelio amigo,
solo os digo por remate, *A los dos.*
la asistais en el combate,
con fuerte animoso brio.

Gracel. Seguro puedes estar,
que si ella siempre es constante,
sald á mi valor triunfante,
firme la podré ayudar.

Didim. Hoy ganarémos la palma.

Chrisid. A Dios, mi Didimo amado.

Didim. De tu Gracia acompañado
seré valiente en el Alma. *Vans.*

Salen Luzbello, Petis, embozados.

Petis. Este es el camino, aquí,
Luzbello invencible, espera,
verás que en la trampa cae,
sin que escapar te se pueda.

Luzbell. Qué de Chrisidoro Alminda
á ser su Esposa resuelva!!
hoy verás, hermosa ingrata,
el valor, que en mí desprecias.
Hoy verás, que si te subes
á las Celestes esferas,
sabrá mi mano oprimirte,
hasta el centro de la tierra.
Hoy verás, que podré yo
llevarte á mi reyno presa,
sin que Didimo te valga,
ni Gracelio te defienda;
que yá á dar muerte á la Gracia
estan estas manos hechas,
y á convertir resplandores
en densísimas tinieblas.

Petis. Luzbello, no hallas temor,
que si el Apetito llevas,
resistir no podrá Alminda,
á tus dulces almas bellas:
pero que venzas te aviso,
y si no, no la acometas,
que si de esta vez salimos
las manos en la cabeza,
y me agarra á mí Justilla,
vive diez, que me desuella,
y en una sarten me frie,
con plomo, en vez de manteca,
mas si vencemos, y yo,
la pesco á la muy Quiteria,
tengo de hacer pepitoria
de sus pies, sesos, y lengua,
que si ella en mis manos cae,
han de ver en mi conciencia,
como aunque sea Razon,
queda sin pies ni cabeza.

Luzbell. No temas, Petis, amigo,
que venceremos.

Petis. Alerta,
que vienen todos aquí.

Luzbell. Hoy se verá mi potencia.

Salen Alminda y Justa, con capotillos; Gracelio, y Didimo, embozados, como de noche.

Just. Despues que Gracelio, amigo,
te asiste, (ó Alminda bella)
en vano pretende el Cielo
con tu rostro competencia.

A la lumbre de tus ojos,
obscuras son las Estrellas,
y de mirarte confusas
baten doradas vanderas,
desafian los primores
de su divina belleza
al mismo Sol, rayo, á rayo,
y al Aurora, perla, á perla:
tu sola alegras la vista,
pues son de la Primavera,
los jardines de tu rostro
dulce bellísima Esfera,
que en tu verde hermoso brio,
hallan bizarras ideas,
los dos mas galanes meses,
para sus flores, y yervas;
nunca dexes á la Gracia,
Alma, que si no la dexas,
será mas bella tu gloria,
con esmaltes de la eterna.

Almind. Si tal belleza á mi ser,
divina Gracia, acrecientas,
quién será tan descuidada,
ó tan loca, qué te pierda?
qué alma será tan ingrata,
tan torpemente resuelta,
tan en su daño engañada,
tan perdidamente ciega,
que quiera verse en estado
sujeta á tantas miserias,
siendo de Dios enemiga?
¡Ay de mí! jamas suceda,
tal desdicha en mi alvedrio,
en mi pecho tal dolencia,
tal engaño en mis oidos,
en mis ojos tal ceguera.

Didim. Si á mis avisos respondes,
Alminda hermosa, no temas
perder del galan Gracelio,
la gracia, y la fortaleza.

Grac. Pues reconoces, que soy,
Alminda, quien te hermosea,
guardame, y estaré en tí,
si tu misma no me dexas.

Petis. Qué bizarro que es Gracelio!

Luzbell. El verle me dá molestia,
que despues que le perdí,
en ninguno me contenta.

Petis. Ea, señor, ¿qué esperamos?
Arremetamos.

Luzbell. Tú llega,
que yo he de robar el Alma,
aunque el cielo la defienda.
Caballeros, á la Infanta
he de robar: si la dexan,
escusarán pesadumbres.

Grac. ¿Cómo dexarla?

Luzbell. Pues mueran.
Tu Apetito, con halagos
y caricias, hazla guerra.

Grac. Asistela Entendimiento,
miéntras la Gracia peléa.

Desembaynan solos Gracelio y Luzbello, y sale el Rey Alvedrio.

Alved. Armas parece he sentido,
en el campo ruido suena:
¡Mas qué es lo que miro, cielos!

Grac. Pues es bien que tu pretendas,
á quien no es Esposa tuya,
quererla robar por fuerza?

Almind. ¡Ay qué susto! ¿qué es aquesto?

Just. Ten ánimo, Alminda bella,
que bien podrás resistir.

Almind. Todos contra mí pelean.

Luzb. Gracelio mucho resistes;
pero mis Armas aprietan
con un rayo de ambicion,
y una punta de riqueza.

Grac. Yo te resisto, enemigo,
con las soberanas fuerzas
de la Sangre de mi Dios,
derramada por sus venas;
y con la eficaz memoria
de la muerte, y vida eterna.

Didim. Presente á tanto combate
estás, Rey, y á tu Princesa
querida no la defiendes?

Alvedr. Pues si Luzbello la lleva,
tan mal estará, empleada
en esposo de sus prendas?

Didim. Ya flaquea el Alvedrio.

Luzbell. Tiempo, Apetito, no pierdas.

Pet. Alminda, á los gustos
de una regalada mesa,
al pichon, al pastelon,
con que la panza se alegra.

Grac. Asistela, Entendimiento,
no la dexes, aconseja
su bien al Alma.
Didim. Alma, huir,
que á tentaciones como estas
se han de volver las espaldas.
Just. ¡ Qué desmayada te muestras !
Alm. Valiente y lindo es Luzbello.
Gracel. Ya desfallecen mis fuerzas.
Didim. Flaqueza muestras, ¡ Gracelio !
el deleyte la derrienga,
que al mismo paso que el Alma,
combatida titubea,
en la verdad, va perdiendo
la Gracia, y la Fortaleza.
Ya ves lo que hay, Alvedrio.
Alvedr. Ea, mi Alminda, no temas,
gran Capitan es Luzbello,
no te pese de que venza.
Grac. Cansado estoy.
Didim. Yo perdido.
Grac. Ha ciega Alma, ¡ qué flaqueas!
Entendimiento, declara
la verdad, con mas viveza:
¡ Ha, Rey ! ¿ tan remiso estás ?
Almind. Vizarro Gracelio, es fuerza,
que nos perdamos, amigo.
Grac. Aprieta, Didimo, aprieta.
Almind. Mucho me prenda Luzbello.
Luzbell. Si con tu favor me alientas,
¿ cómo sufro que en mis manos
la victoria se detenga ?
Gracel. ¡ Ay de mí !
Cae Gracelio en el suelo, y como fuere diciendo, haga acciones de quererse levantar, y no puede, y en el último verso hagase muerto.
¡ Ay mi Dios, y vida eterna !
A manos de mi contrario
muero en batalla sangrienta.
Alminda queda sin mí,
sin Gracia el Alma se queda,
solo su culpa me mata,
porque ella quiere que muera. *Muere.*
Just. ¡ Ay dolor !
Didim. Frustrado quedo.
Alved. Yo digo, que no me pesa. *Vase.*
Didim. Mal haces, mas yo tampoco
me meto en gozos, ni penas,
que el Entendimiento, solo
los bienes, y males muestra,
y dexa á la Voluntad,
que los goce, ó que los pierda.
Retirase algun tanto.
Luzbell. No temas, Alminda hermosa,
verás mis dulces finezas.
Almind. Despues de muerto Gracelio,
no me turba tu presencia.
Petis. Ya murió el mal logradillo:
pues primero que acá vuelva,
pasarán años, que yo
tendré cerradas las puertas.
¡ O quál está la Justilla !
ya no hay que hacer caso de ella,
tanta agua llora la triste,
que si un Tudesco la viera,
se quedára desmayado.
Hoy las llaves se me entregan,
sin que me registre Justa,
los almuerzos, y meriendas.
Luz. Muerto está el Mancebo hermoso,
la rica vanda que obstenta
me pondré, y será trofeo,
de la vencida pelea.
Esta será la arrogancia,
con que mi furor se precia
de haber al Alma robado,
dexando su Gracia muerta.
Que si en Gracelio fué adorno,
que dió de su Gracia muestras,
yo me atribuyo á mí mismo
de su Gracia la belleza.
Vamos, Alminda querida,
que ya deseo que tengas,
de mi blando, y dulce trato,
desengañada experiencia.
Todo tu gusto executa,
ningun contento te veda
mi amor, que de infierno y mundo
te coronará por Reyna.
Almind. Galan, Luzbello, y discreto,
gustosa estoy y contenta,
de verme puesta en tus manos,
y á tu voluntad sujeta.
Cautivanme tus placeres,
tus gozos me tienen presa,

tus galas me regocigan,
y tus deleytes me alientan.

Just. ¡Ay, Didimo, qué pesar!
vete, y á Gracelio lleva.

Didimo. ¡Qué dolor á Chrisidoro!
á su ardiente amor, ¡qué pena!
será el contemplar la Gracia
tan difunta á su presencia!
Llevaré sobre mis hombros,
aunque me falten las fuerzas
del bello, y divino Joven,
la mal lograda belleza:
que de un auxîlio frustrado,
á quien el alma se encierra,
sin oirle, es propia accion,
volver con la Gracia muerta.

Levanta Didimo á Gracelio, y llevale en brazos.

Just. ¡Ay Alma, y cómo has perdido
la hermosura! ¡ay Dios! ¡qué fea!
pareces á la Razon,
desque á Luzbello te entregas!
Al Divino Chrisidoro,
siendo de la vida eterna.
Príncipe, Justo, y Señor
de dichas gloriosas, dexas,
por entregarte al obscuro,
tyrano Rey de tinieblas!
Matar dexaste á Gracelio,
con que sin Gracia te quedas,
al Entendimiento sorda,
y á la luz del cielo ciega!
dexarte quiero, tyrana.

Petis. No, hermana Justa, detenga
vuesarced esos piecitos,
que un poquito de pendiencia
hemos de tener los dos.
Pensaba la bachillera.
pagar en el otro mundo
los azotes y molestias,
con qué me ha tratado? diga,
venga, ¡Mari Justa, venga,
piensa quedar sin castigo,
¿Criada, que llama fea
á su Señora en su cara?
Yo la prometo, que tenga
en mi poder buena vida,
pues gusta de penitencia.
Madama paró su dia,
y despues de aquesta guerra,
como vino mal pecado,
habeisme de estar sujeta:
que ya sabeis, que si el Alma
sigue al Diablo, y á Dios dexa,
ya es esclava la Razon,
y ya el Apetito reyna.

Justa. ¡Qué estado tan miserable,
ay Dios! el Alma, qué ciega!
en el deleyte se engolfa,
y en el vicio se recrea!

Petis. Verá usted, Señora Alminda,
¡qué regaladitas mesas
la dispondrá el Apetito,
ó, ¡y cómo gustosa en ellas
se relamerá los dedos!

Alminda. Dichosa ha sido mi estrélla,
ya no me afligen cuidados,
solo Luzbello me alegra;
de Gracelio, y Chrisidoro,
ya no hay memorias apénas.

Dentro Música.

¿Pero qué ruido es aqueste?

Luzbell. Es que mi gente festeja
mis glorias, porque ha tenido
de mi feliz dicha nuevas.
Concertad los instrumentos,
Músicos, amigos, ea,
dad gusto á mi Alminda hermosa,
tañed, cantad, haya fiesta.

Música dentro, y canta lo siguiente.

Músic. Robe Luzbel la fruta.
que de Dios era,
porque fruta robada,
mejor le sepa.
Alminda dichosa,
que en Luzbello Reynas,
al deleyte abrazas,
y al pesar desechas.
Viva la Alegría,
muera la tristeza,
y pues cobras glorias,
olvida las penas.

Luzbell. Bello exército de flores
que al campo vierte Amaltea,
haced á Alminda la salva,
de jazmines y violetas.

Sus tesoros opulentos
para regalarla ofrezcan,
rendidos á su Alvedrio,
el agua, el cielo, y la tierra.
Quanto miras, prenda mia,
quanto tocas, quanto piensas,
todo es tuyo, ordena, rixe,
quita, añade, manda y vela.
Just. ¡ O qué amoroso le engaña !
como pretende tenerla *ap.*
segura, para trocar,
en rigores sus finezas.
Alminda. Vamos, bizarro Luzbello,
á descansar á tu tienda.
Petis. Venid vos, hermana Justa,
que allí tengo en la bodega,
no se que cuba vacía,
y quiero que esteis en ella,
que no siempre la Razon,
se ha de hacer en cubas llenas.
Luzbell. Vamos, pues, para que goces,
Alminda, de nuestras fiestas,
todos celebrad el robo
de tan estimada prenda. *Vans.*
Salen Chrisidoro, y Didimo.
Chris. ¡ Qué tal desdicha pasa !
¡ qué ciega, al mal se rinda !
¿ qué de Luzbello, Alminda,
en el fuego se abrasa,
y seria á mis avisos,
desprecie deliciosos paraisos?
Didim. Vila en tyranos brazos,
con su Príncipe injusto,
sacrificar al gusto,
mil víctimas de abrazos,
y en su profana gloria,
ví ultrajar, Chrisidoro, tu memoria.
Del deleyte cautiva
en sus daños reposa,
á Luzbello amorosa,
y á tu gran nombre esquiva,
el vicio la mantiene,
y el disfrazado engaño le entretiene.
Tanto cegar la puede
el regalo profano,
que la usurpa, tyrano,
sin que en el Alma quede,
á tu segura gloria,
una luz, un resquicio, una memoria.
Licenciosos jardines,
bulliciosos cristales,
tapetes naturales,
de rosas y jazmines,
llevan su vista ciega
por el revuelto mar, en que navega.
De Gracelio Luzbello.
la vanda al pecho obstenta,
y de su brio cuenta
mil glorias su alto cuello,
que siempre es la arrogancia
de todas las virtudes la constancia.
Estos daños consiente
el mudable Alvedrio,
y el Alma en tu desvio
engañada, no siente,
y porque mas te pierda,
del difunto Gracelio no se acuerda.
A este encanto rendida,
en una vida muerta,
juzga su vida cierta,
su desventura olvida,
en perdicion se anega,
sorda á mis voces, y á tus luces ciega.
Chrisid. Cesa, cesa, que me matas.
¡ ay Didimo ! no prosigas
en los injustos desprecios,
de la desdichada Alminda.
Mira, que en mi tierno pecho
duras batallas excitas,
quando ciega la pintas.
¡ Qué en fin, al pecado el Alma
tan toscamente rendida
está, que se juzga libre
en sus prisiones cautiva !
¡ Qué Luzbello á Alminda goza !
¡ Qué á su mesa la convida !
¡ Qué su ponzoña la ofrece !
¡ Qué su veneno la brinda !
¡ Ay dolor ! que la que un tiempo
gozaba de mis delicias,
ahora, ciega, apetece
toscas y viles comidas !
O vosotros, los que andais
por caminos noche y dia,
mirad si hay dolor alguno,

que con el mio compita.

Did. ¡O quán justamente sientes
de tu Esposa la desdicha!
Pero, ¡ay cielos! ¡qué dolor
sientes, si advierte tu vista
al vivo representada
la referida desdicha!
Advierte, pues, Chrisidoro,
y si bien todo lo miras,
de la muerte de tu Esposa
contempla la estampa viva.

Corre Didimo una cortina, y descubre en un Trono á Alminda, y á Luzbello, en dos sillas, durmiendo, los ojos de Alminda vendados, y un brazo debaxo de la cabeza de Luzbello, y Justa á los pies postrada.

Chris. ¡Ay dolor! hay Alma ingrata.

Didim. Mira, Señor, que dormida
goza de su dueño infame
la tirana compañía:
mira como del deleyte
torpemente poseida,
á la Razon atropella,
y con sus plantas la pisa:
mira qué ciega te dexa,
mira qué sorda te olvida,
con todo el pecho revelde,
y con toda el alma esquiva.

Chrisid. Desenlaza, hermoso cielo,
tu mequina cristalina,
pues hoy el Alma se emplea
en acciones tan indignas.
Los Algibes rotos busca,
que los licores disipan,
y despreciado me dexa,
siendo fuente de aguas vivas.
¿Es esclava, por ventura,
la que se vé redimida
con mi sangre? pues si es libre,
¿cómo en cadenas habíta?
¿No conoces, Alma ciega,
que te viene esta desdicha,
por dexar al que amoroso
por buen camino te guia?
¿Qué buscas en los desiertos,
ya de Egipto, ya de Siria,
sino beber turbias aguas,
dexando las cristalinas?
Ya tu aversion te condena,
ya te arguye tu malicia,
por haber dexado, ingrata,
al que fué Autor de la vida.
Rompes mi yugo, volviendo
á tus costumbres antiguas,
y que servirme no quieres,
dices, neciamente esquiva.
¿No fuí yo quién te plantó
fecunda y lozana viña?
¿Pues cómo en lugar de frutos
me dás abrojos y espinas?
¿Cómo ya eres asolada,
triste Ciudad, que algun dia,
llena de pueblo y de glorias,
te viste prospera y rica?
¿La señora de las gentes,
se vé á miserias rendidas?
¿Y cómo viuda muy triste
de mil duelos participa?
¿Cómo quién Princesa fué
de tantas nobles Provincias,
se mira en yugo tirano,
con tributos oprimida?
Pecaste, ingrata, pecaste,
y mirando tu ignominia,
los que ántes te daban glorias,
ya te afrentan, ya te gritan,
bañan tus hermosos pies
cenagosas inmundicias,
porque á tus principios vuelves,
y de tus fines te olvidas.
Rompidas miro tus fuentes,
tus amenas destruidas,
y el muro, y la barba cana
se han disipado en un dia;
los Anvanos de Sion
á la tierra se derriban,
y llorando en su cabeza
esparcen polvo, y ceniza:
á quién te compararé
despues que ciega caminas,
pues á los mares exceden
los mares de tus desdichas?
Quantos mirando pasaban,
esta es la Ciudad, decian,
que encerraba un tiempo en sí

tantas grandezas lucidas:
ya moviendo sus cabezas
te mofan, y te lastiman,
de que tan falsa deseches,
y de que tan torpe admitas.
¿Cómo del oro el color,
que vistoso siempre brilla
como sombra te obscurece,
y sus luces amortigua?
¿Cómo tus culpas las piedras
del Santuario derriban,
y se ven perdidamente
por las Plazas esparcidas?
Yo, pues, Varon de dolores,
(¡ó ingrata y desconocida!)
por tí, á rigores tiranos,
ofreceré mis mexillas;
harto me verás de oprobrios,
y pondré en la tierra misma
mi boca, por la esperanza,
de que á mi gusto te rindas,
que tan exquiva te niegas!
¡qué me dexas! ¡qué me olvidas!
¡qué mis gozos dificultas!
¡qué mis ansias facilitas!
¡qué en mi muerte te recreas
con tus vicios! ¡qué tú mi ma
cubras mi rostro de afrentas!
¡cargues mi cuerpo de heridas!
¡qué tus gustos al demonio
adultera, sacrificas!
¡qué desprecias al amor,
con que te ofrezco mi vida!

Didim. ¡Qué no la muevan tus quexas!
¡qué tus lágrimas no siga
su dolor! ¡ó torpe dura,
obstinacion repetida!

Chris. ¡O dureza de su pecho!
ya la venganza me incita:
quiero ensangrentar en tí
mi acero; tu sangre tiña
con roxo esmalte los filos
de mi acerada cuchilla.

Saca una Espada á modo de Cruz, y vá á dar el golpe.

Muere á mis manos, ingrata,
vil, traidora, fementida.

Detienese.

¡Mas ay! que el mismo instrumento,
con que me conmuevo á herirla,
detiene los rigurosos
ímpetus de mi justicia,
acordándome que en él
sufrí penas infinitas,
por librarla de la muerte.
Entendimiento, vé, ánima,
alumbrarla con los rayos
de mi clara luz divina;
llamala con fuerza, amigo,
para que despierte Alminda,
que podrá ser que te oiga.

Llega Didimo á Alminda, y dice.

Did. Recuerdé el alma dormida,
avive el sueño y despierte,
del sueño que la cautiva.

Vuelvese y dice.

Está, señor, hecha un marmol,
porque su culpa la priva,
para mis voces, de oidos,
para tus luces, de vista.

Chris. ¡Qué de tal suerte la tenga
su letargo poseída!
¡ay alma, y cómo te pierdes!
Didimo, vuelve, porfia,
que quizá despertará
á tus voces repetidas.

Llega, Didimo á Alminda, y dice.

Mira, alma, que te condenas,
recuerda, enmienda tu vida.

Vuelvese y dice.

Es duro bronce á mis golpes,
que obstinada tiraniza
las puertas de sus sentidos,
porque mis toques impida.

Chris. ¿Qué espero, que ya mi brazo
los golpes de su Justicia
no descarga sobre el alma,
y su obstinacion castiga?
Bien sé que obstinada vives,
alma ingrata, de tí misma,
de mi ser, mi lealtad,
de tu bien, de tu de dicha,
mas pues la culpa te tienes,
muere, torpe y atrivida.

Va á herirla y detienese.

¡Mas ay, amor! que refrenas

de mi indignacion las iras,
con las amadas memorias
de las penas y fatigas,
de los trabajos, y tantas
tempestades de desdichas,
que sino amante pasé,
por esta infeliz Cautiva:
por otra parte indignada
justamente mi Justicia,
clama en repetidas voces,
que á la piedad no me rinda:
no digan que mis agravios
con remision se castigan;
¿qué haré del alma?
el amor, á perdonarla me obliga,
á castigarla me mueve
mi rigurosa Justicia;
aquí el rigor me provoca,
aquí el amor me retira,
ya me irritan las maldades,
ya me ablandan las caricias.
Didimo, llega otra vez,
vaya de tres la vencida;
pero tente, aguarda, espera,
que esté el alma muy dormida,
yo quiero hacer un encanto,
que sirva de medicina,
para que despierte el alma.

Didim. ¿Qué hacer, señor, imaginas?

Chrisido. Heriré mi corazon,
y con la sangre vertida,
mas fina que los corales
teñeré algunas espigas.

Didim. ¿Y luego?

Chrisid. Luego haré un pan
con que el alma mas dormida
despierte.

Didim. ¡O piedad insigne!
¿por qué, Señor, exercitas
tantas finezas, con quien
solo en ofenderte es fina?

Chris. El grande amor que la tengo
á esta accion me determina:
yo buscaré hoy ocasion
para que este Manjar sirva
de Despertador al Alma.

Didim. Con tan grande maravilla,
con tan estupendo amor,
con piedad tan infinita,
volverá, Señor, el alma
á tu amada compañía.

Chris. ¡Ay alma! ¡y quánto me cuesta
tu obstinacion! ¡qué de heridas
me acrecienta! y qué de gozos
tus viles gozos me quitan.
Ya te espero, ya te aguardo,
ya el rigor de mi Justicia
refreno, atento al amor,
que á perdonarte me incita,
para que á mí en algun tiempo
te vuelvas reconocida.
Mira que te pierdes, Alma,
mira que herrada caminas,
mira que no ves tus yerros,
mirate esclava y cautiva.
Mira mis ansias ardientes,
mira tu ingrata porfia,
mira á mi amor, que te llama,
mi abrasado pecho mira.

Vase, y sale Petis.

Pet. ¡Ay mas profundo dormir!
pardiez que ya es mucha siesta,
que tengo la mesa puesta,
y rabio por engullir.

Llegase á Alminda, y despiertala.

Alma, despierta un poquito.

Almind. ¡O mi Petis!

Just. ¡Ay, perdida!
¡qué despierta al Apetito!
¡al auxilio qué dormida!

Alm. ¿Es hora ya de comer?

Ptis. La hora no sé si es dada,
mas mi panza está horada
á pura hambre desde ayer.
La lengua tengo abrasada,
como de una calentura,
á pura sed, y bien pura,
porque en mí no hay sed aguada.

Luzbello. ¿Alminda?

Alm. ¿Querido Esposo?

Luzb. ¿Cómo estás? ¿estás contenta?

Levantanse del asiento.

Almind. A todas horas me alienta,
ver que contigo reposo.
Un sueño tuve pesado,
que me apartaban de tí.

Just. ¡Ay desdichada! que en tí
todo lo bueno es soñado.
Petis Ha señora camarada,
decidme, ¿cómo lo pasais?
ya me parece que estais
no justa, sino apretada.
Luzb. Mis deleytes te aseguran
siempre los hados risueños,
dexa, Alminda, aquesos sueños,
que entristecerte procuran:
Vamos, Esposa, y no creas
ilusiones de tu juicio,
que yo haré, que atenta al vicio,
ni las oigas, ni las creas.
Alm. Bien podeis estar conmigo,
que la edad en verdes años,
ni consienten desengaños.
ni tropieza en escarmientos.
Siempre te seré leal,
y tendrás en mí la palma,
que es mi amor, amor del alma,
que es fuerza ser inmortal.
Luzb. Vamos, Alminda, al banquete,
que da priesa el Apetito.
Petis Para esta ocasion remito
el llenarme hasta el gollete.
Alm. Vamos, que quiero que veas,
como tus preceptos sigo.
Luzb. Bueno va, Petis, amigo.
Petis. Hazme en premio dos libreas:
Vanse Luzbello, y Alminda.
Just. Piadoso, justo cielo,
que quantos se levantan,
que á la Razon anegan
en tempestades tantas?
La que el imperio tuvo
en la Ciudad del Alma,
tan baxamente sirve
de miserable esclava!
¡La qué triunfó en un tiempo,
en próperas batallas,
yace entre desastres
de la fortuna varia!
Vencida me sujetan,
sujeta me quebrantan,
quebrantada me oprimen,
y oprimida me matan!
Sale el Rey Alvedrio, y Didimo.
Alv. ¡O bien dichosa Alminda,
pues gozas abundancias,
regalos y deleytes,
banquetes, fiestas, galas!
A darte parabienes
vengo, á Luzbello gracias,
que celebrar es justo
gozos que siente el Alma.
Didim. Mal haces Alvedrio,
de gozarte en desgracias,
en que está puesta Alminda,
y á Luzbello entregada.
Despues que cuidadoso,
te he dicho veces varias,
lo que el Entendimiento
en este caso alcanza.
¡A un Amante fingido
has entregado al Alma!
pero tu gusto sigue,
y pues tu solo mandas,
es fuerza obedecerte.
Just. ¡Ay cielos! el Rey baxa
á festejar alegre
á quien falso le engaña:
con él mi hermano viene,
voces daré tan altas,
que lleguen á los cielos,
y sus esferas abran.
Engañado Alvedrio,
¿por qué en desdichas tantas,
y en ciegos laberintos,
dé el perder al Alma?
Did. Mucho me afliges, Justa.
Alv. Didimo, ¿con quién hablas?
Did. Con la Razon que grita.
Alv. ¿Quién es, pues, esa Dama?
Did. Presente aquí la tienes.
Alv. Ni veo, ni oigo nada.
Just. Ya, Rey, no me conoces,
porque con Dios no tratas.
Didim. ¿No la ves? ¿no la oyes?
Alv. Didimo, tu me engañas,
ó yo estoy ciego, y sordo.
Just. Aquesa es, Rey, la causa.
Did. Atiende, Rey, á Justa.
Alv. Entendimiento, calla.
que Razon y razones,
son cosas que me cansan.

Voyme á hablar con Luzbello. *Vase.*

Did. ¿A la Razon agravias?
mas ya no la conoces,
pues que murió la Gracia.
A mi tambien, ¡ó Justa!
parte de luz me falta.
Y pues tu sola sientes,
paciencia, Justa, hermana,
ya yo cuidaré atento
de reducir, á instancias
de alguna luz divina,
al Alma, ciega y vana,
de las tinieblas negras,
á claridad de Gracia. *Vase.*

Just. ¡O tiempo desdichado!
todos me desamparan;
con que ofuscada vive
mi luz serena y clara:
Casi ofuscada vivo,
con que se queda el Alma
oprimida en tinieblas,
y en sombras sepultada.
El Apetito loco,
da libertad tirana:
el deleyte insolênte,
y la Razon esclava.
¡Ay pesares! ¡ay lágrimas! ¡ay ansias!
cielos, piedad, q̃ se me pierde el Alma.

JORNADA TERCERA.

Sale Alminda asustada.

Almin. ¡Qué me quereis, pensamientos!
¡donde me llevais, cuidados!
¡á qué aspirais, suspensiones!
¡qué pretendeis, sobresaltos!
¡qué furiosa batería
padece el pecho alterado!
¿Cómo puede ser seguro
el rumbo, que voy tirando,
pues temores y recelos,
son mis contínuos corsarios?
En todo turbada y ciega,
solo con vista á mis daños:
aquí me suspendo en dudas,
allí en furores me abraso:
ya valerosa acometo,
ya fugitiva me escapo:
ya determinada rompo,
ya medrosa me acobardo:
quando anegada me veo
en mares de sobresaltos?
Quiero entrar conmigo á cuentas,
y restando lo que pago,
al recibo del deleyte,
con mucho caudal alcanzo.
¿Qué importa que el Apetito
corra siempre desvocado,
si con ese curso queda
el corazon palpitando?
¿Y qué importa, que mi amante
goce exquisitos regalos,
si en la pension de mi vida
estoy temiendo su engaño?
¿Qué importa de sus convites
los varios costosos platos,
si siendo el principio dulce
son los postres muy amargos?

Sale Petis con la ropa de Justa, cubierta la cara con una toca.

Just. Entra ahora Petis disfrazado *ap.*
con la ropa de Justa, el Apetito
con capa de Razon, que es, á fé mia,
de los lindos papeles que hace el diablo.

Petis. Qué delicada es Justa de cintura. *ap.*
ya no puedo sufrir tanta apretura.

Almind. ¿Qué hay Justa? ¿qué me quieres?
ya te escucho,
resuelta estoy á oir tus desengaños.
¡O si pudieran tus contínuas quexas
quitar mis miedos, y atajar mis daños!
Habla, que en mí tendrás gratos oidos,
quite tu sol la niebla á mis sentidos.

Luzbell. El Apetito viene disfrazado,
que la apariencia á Razon le ha hurtado,
en este engaño mi quietud consiste,
que á tanto ardid el Alma no resiste.

Chrisid. Ya conozco el disfraz del Apetito,
tu engaño sufro, y su maldad permito.

Pet. Ahora son mis quexas mas fundadas,
ahora soy esclavo, ahora digo,
Alminda, que no estraño tu castigo.

Alm. Pues porq̃ ahora, mas que nũca, Justa?

Pet. Porque tan vanamente te extremeces,
que aun premio de lo bueno no mereces.

Alm. Luego no es cierto, Justa, q̃ me pierdo
en seguir al deleite, al vicio, al gusto,
al bien dorado de Luzbello injusto?

tt. Alma, el seguir al vicio siẽpre es ma-
mas la virtud bien sufre algũ regalo (lo,
lm. ¿Qué tu eres Justa? apénas te conozco.
tt. Pues q̃ pensabas tú que era mi intento
dexarte despojada de contento?
¿quándo á la razon precipitada?
¿Mandate acaso el cielo que me mates,
en penas, en rigores, en combates?
¿desterrando el piadoso regocijo?
Dexa el vano temor, q̃ me maltratas,
y dexa la tristeza, que me matas.
tis. ¡Qué ciega tiene la torpeza al Alma
pues no conoce tan dañoso engaño!
mas presto disfrazado, haré que vea
el disfraz engañoso, que la ciega. *Vas.*
zb. ¡O qué apretadamente la combate!
quantas conciencias ciega el Apetito,
quando el vestido á la Razon usurpa!
lm. Grandemente me alegas, Justa mia,
restituirme quiero á la alegria,
pues ya no es justo de afligirme trate,
quando la Razon no manda q̃ me mate.
t. Contento voi, que está ya quieta el
el Apetito se llevó la palma: (Alma,
en mi amistad será su muerte cierta,
pues ya es su yerro imaginar que acier-
vase. (ta.
t. Tragóla bellamente: yá con esto, *ap.*
aunque grite Justilla solfeando,
mas que un Franchote, que limosna pi-
verán como el Alma la despide. (de,
Salen Chrisidoro y Didimo en trage de Villanos.
risid. Todos me dexan entrar,
que yo en todas partes entro.
dim. Y yo siempre te acompaño.
m. ¿Pues qué buscais, Zagalejos?
ris. Vengo á ver lo que me pesa
de algunas cosas que veo,
que es lástima que la engañen
con mentiras, y embelecos.
mind. ¿Pues quién me engaña, Zagal?
ris. Aquí traigo un Compañero,
que si ella le cree en todo,
(que pocas veces lo ha hecho)
verá mas claro que el dia
los perniciosos enredos,
con que perdida la tienen,
y de remedio muy léxos.
Didim. ¿Quién está en tu compañía?
Almind. La Razon es, con quien tengo
alivio en las suspensiones,
y quietud en los desvelos.
Didim. ¿La Razon? ¡triste de tí!
Petis. ¡O pese á tal! yo me pierdo,
que á toda priesa me va
esta gente conociendo.
Didim. ¿Y qué dice?
Almin. Que es mal hecho
el desterrar la alegría;
porque no pretende el cielo,
que me alteren aflicciones,
que me desatinen duelos,
que me combatan pesares,
ni que me maten tormentos.
Didim. ¡Ay Alma! que ahora vives
en el peligro mas fiero,
que en el mar de tus desdichas
anegan tus pensamientos.
Desemboza á Petis.
Desembozate, insolente,
pues con loco atrevimiento
á la Razon oprimida
las has usurpado sus velos.
Mira que te pierdes, Alma,
que el Apetito protervo
te disfraza tus errores,
para que mueras con ellos.
Sus industrias reconoce,
Alma dispierta del sueño,
que tiene ciega tu vista,
y endurecido tu pecho.
Chris. Bien, Entendimiento, empiezas.
Almind. Qué fieros remordimientos
asaltan á mi conciencia.
Petis. Qué brabos azotes temo,
si me entrega á Justilla.
Ya yo me juzgo por muerto,
no hay escusarme, sin duda,
que el diablo me metió en esto.
Ea, que todo es de burlas,
tiempo es ya que merendemos
Alminda, que pesadumbres
no es manjar que le apetezco.
Almind. ¡Ay, Apetito traidor!
Chris. Ahora ha venido el tiempo,

de que mi Divino hechizo
comience á hacer sus efectos.
Alma, si quieres comer,
en este bolsillo tengo
un Panecito de Leche,
regalado, blanco, y tierno.

Petis. ¡O pese á tal Panecito!
salga al punto, venga luego,
que rabio por sepultarle
debaxo del balsopeto. *Vase.*

Chrisid. Mira qué blanco, y qué hermoso.

Almind. Ay Zagal, dadmele luego,
que se me antoja ese Pan.

Chris. No está tu pecho dispuesto
para recibirle ahora.

Alm. ¿Pues qué me falta, mancebo?

Chris. Dicelo, Pastor amigo,
alumbrala, que ahora es tiempo.

Didim. Cifrado tienes, Alminda,
en este blanco sustento
el mas seguro rescate
de tu duro cautiverio;
que quien mas tu bien desea,
disfraza en pan tu remedio,
condescendiendo á las ganas
de tu apetito grosero.
En este bocado tienes
de tus libertades freno,
de tus males medicina,
y de tu inquietud sosiego:
restauracion de la Gracia,
á quien diste fin violento,
prenda hermosa de la Gloria,
á que perdiste el derecho.

Alm. Ay Mancebo, que me pones
un encendido deseo,
de comer manjar, que encierra
tan escondidos secretos.

Didim. Es fuerza, que te dispongas,
para comerle, primero,
y tenga justo dolor
de tus mortales excesos.
Porque veas, Alma ingrata
el espectáculo horrendo
de los daños que has causado,
lo que has perdido te muestro.

Corre Didimo una cortina, y se descubre Gracelio, muerto en una silla, con todas sus Josas, y Luzbello, y Petis le van despojando por el órden de los versos.

Este difunto contempla,
cuyo bulto está diciendo,
que lo bello está sin Alma,
y el Alma está sin el Cuerpo.
Del Demonio y Apetito,
contempla el rigor sobervio,
con que las galas le roban,
que fueron su adorno un tiempo.
Las bellas plumas le quitan,
que eran, Alma, los deseos,
con que ligera bolabas
hasta la cumbre del cielo.
Del proprio galan vestido
le desnudan, que era el zelo,
de la perfecta observancia
de los divinos preceptos.
Estas virtudes tenian
todas en la Gracia asiento;
mas como murió la Gracia,
todas con ella murieron.
Mira, pues, como perdiste
en el difunto mancebo,
mas hermosura, que flores
visten los campos amenos:
mas luz, que al mundo derrama
ese globo azul inmenso,
por dorados arcaduces
de Planetas y Luceros. *(Cubrese á Gracelio.*

Alm. Dime, Pastorcillo, amigo,
así te prospere el cielo,
así vivas, así adquieras
el logro de tus deseos:
dí, si por algun camino
adquirir, y lograr puedo,
alivio en tantos pesares,
y en tantos males remedio.
No desvies esta dicha,
no fustres este deseo,
pues ya, con los toques tuyos,
voy conociendo mi yerro.

Chris. Alma, en este Panecito
traigo el hechizo encubierto,
en que consiste tu vida.

Alminda. ¿Pues cómo podré comerlo?

Chris. Entendimiento, declara
á Alminda, y ve la diciendo

lo que la Fé te ha enseñado
de este profundo Misterio.
Didim. Hermosa Alminda, yo tengo
una Maestra tan sabia,
(Fedéa es su nombre creo)
que en mis tinieblas, luz clara,
y Fé es en mis aciertos.
Esta me manda te diga,
como en este Pan del cielo,
del Divino Chrisidoro
está la Sangre y el Cuerpo.
Manda tambien, que te advierta
el grave, profano yerro,
que cometes en amar
á ese tirano Luzbello.
Que al piadoso Chrisidoro
le entregues todo tu pecho,
que el blanco hechizo del Pan
hará que con amor tierno
le adores, y á tu enemigo
le pierdas todo el afecto.
Mas para alcanzar, Alminda,
el logro de tus deseos,
de tus potencias los gozos,
y de tí misma el sosiego,
has menester, y ès forzoso,
que resucites primero
al estado, que ántes tuvo,
aquel hermoso Mancebo,
á quien, por darte á tus gustos,
y seguir tus devaneos,
diste un fin tan desastrado,
con incomparables yerros.
Almind. ¿ Pues yo cómo puedo, amigo,
resucitar á un muerto ?
eso es imposible en mí;
solo lo pueden los cielos.
Didimo. Digote, que Chrisidoro,
surcando el abismo inmenso
del hundoso mar del Mundo,
entre mil golfos revuelto,
llegó con los que le siguen
á una cueva, donde vieron
á la gran Sabia Rigea,
que con su profundo ingenio,
sabe divinos encantos,
con que obra raros portentos.
Hace de los brutos hombres,
con prodigiosos afectos:
y es tanta su ciencia y arte,
que restituye á los muertos,
con la mayor maravilla,
su primer vital aliento.
Si la buscas, y la encuentras,
tendrán tus borrascas puerto,
tu Gracelio tendrá vida,
todas tus ansias sosiego.
Alm. ¿ Pues quién ha de ser mi guia ?
Chris. Alma, yo alcanzo el secreto:
atiende al poder divino,
con que descubro el misterio
de aquella Sabia Rigea.
Ya sabeis, mi compañero,
de aquese vecino Monte
un camino tan estrecho,
que hay para baxar al Valle,
que suelen llamar del Riesgo.
Al cabo, pues, de esta senda,
hácia este lado derecho,
una cueva encontrarás,
algo horrible por su aspecto,
que de penitencia llaman;
en ella hallaréis de cierto,
á esa que llamais Rigea,
que en lenguage verdadero,
la Penitencia se llama,
no hayais de su rostro miedo.
Mas si os animais, yo fio,
que ha de pareceros bueno.
Esta Ermitaña, ó Alminda!
dispondrá un encanto nuevo,
con que resucite á vida
el ya difunto Mancebo,
y de curar los achaques,
y dolencias de tu pecho.
En fin, Alma, vete allá,
que ella te dará remedio
en tus males: vos, Amigo;
sed del Alma compañero,
guiadla, porque segura
halle en todo su consuelo.
Did. Venid, pues, Alminda hermosa,
que presto encontrar pretendo
con esa Sabia: mas ántes
que nos partamos, te advierto,
y quiero que entiendas, soy

de tu Padre el Consejero,
Didimo, que así he venido,
con este traje encubierto,
con pretension de tu dicha,
para que á ese Luzbello,
que tiraniza las luces
de tu bello, hermoso cielo,
deseches firme, y constante,
los engaños conociendo
de sus fingidas promesas,
y sus ciertos embelecos;
y á tu amante Chrisidoro
ames, como á Esposo y Dueño,
mas digno de tus amores,
eternidades de tiempo.

Almind. Didimo, las muchas ansias
que abaten mis pensamientos,
que mis potencias confunden,
y ciegan mis ojos bellos,
no han permitido, que atenta,
conociese de tu aspecto,
que en mi mal, y en mi desdicha,
produxo tu noble afecto.
Pero vamos ya á esa cueva;
vamos, que mi sentimiento
no permite dilaciones,
y mas ahora, teniendo
una guia tan segura,
qual es el Entendimiento.

Did. Allá voy á descubrirte
la verdad, pues Mensagero
me hace el cielo de tus bienes,
y Arcaduz de tus aciertos.

Chris. Con eso podrás, Alminda,
hecho este encanto primero,
comer del Pan regalado.

Alm. ¡Ay quién pudiera comerlo!

Did. Ven conmigo.

Alm. Tú me guia.

Chrisid. Didimo, con nuestro intento
hemos de salir.

Didim. Se vá, Señor, disponiendo. *Vanse.*

Sale Luzbello muy furioso.

Luz. Bárbara, infame canalla,
viles, cobardes, traidores,
para mi mal diligentes,
para mi provecho torpes.
Qué habeis hecho, que Alminda
ya de mis ojos se esconde,
y tratando de dexarme,
mi eterna afrenta dispone?
Apetito vil, infame,
que siempre en las ocasiones
desfalleces, con que el Alma
tus flacas fuerzas conoce.
¿Cómo permites, que el Alma,
con tan locas sinrazones,
pretende dexar el cebo
de mis lascibos favores,
y de Chrisidoro venzan
las contínuas persuasiones?
¿Por qué de nuestra defensa
la flaqueza reconoces?
Vil, cobarde, has de morir
con estas manos feroces. *Dalle*

Petis. Tente allá, valgate tú;
cierto que son lindas flores;
bueno estará el Apetito,
si el Diablo le dá de coces.
Pues sabes que el Alma es libre,
qué culpa, Diablo, me pones?

Luzbell. Bien sabeis vos, vil, sin honra
der ibar pechos de bronce:
bien sabeis echar por tierra
las mas empinadas torres,
y á vuestra saña acontece
temblar lo mejor del Orbe.
¿Pues cómo quieres tan presto
obscurecer los blasones,
con que te admiran los siglos
por tus hechos vencedores?
¿Es posible, que con esto,
vuestro valor no se corre?
¿Pero qué escucho en el ayre?
furioso ruido se oye,
á cuyo impulso parece,
que se desgaxa ese monte.

Descubrese una cueva, y en ella Alminda de rodillas, vestida de un saco, y una diciplina, las galas por el suelo: justa a un lado, con un Christo en la mano, y Didimo con una hacha encendida.

¿Qué es esto qué miró? ¡ay de mi!
Es el Alma, ¿á quién esconde
aquesta Montaña? ó son

fantásticas ilusiones?
¿Ella es: ¿qué espero?
Petis. Señor, mira que su espalda rompe
Alminda, y cruel, sobre ella
descarga fieros azotes.
Mira como por sus ojos
las lágrimas se descoxen,
y de su boquita, al cielo,
arroja mil suspirones.
Mira, que la Beata Justa
el retrato la propone
de Chrisidoro, que en Cruz
trémola los corazones.
Mira aquel Viejo arrugado
setenton, barbas de cofie,
con aquel cirio encendido,
con los vivos resplandores
de la Fé, la alumbra, y huye,
de nuestras trampas la noche.
Luzb. Remediemos este daño:
ea, Apetito, disponte,
preparad ya los engaños,
vamos juntos, no se logren
de Chrisidoro el intento,
ni sus locas pretensiones.
Petis. Entremos, pues, los dos juntos,
animo, fuertes Campeones,
vamos, á la una, á las dos, á las tres.
Baja acometer, y cierrase la cueva.
Pet. ¿Ay tal? cerróse.
Luzb. ¿Que es esto?
Petis. Que nos quedamos
todos á buenas noches.
Miren con que sale el Alma,
¿Ay disparate mas torpe?
¡qué siempre aquestas mugeres
han de andar en invenciones!
Luzbell. La culpa tienes tú, aleve,
pues con flexedad enorme,
permites, que intente el Alma
esta afrenta en que me pone.
Morirás, vil Apetito. *Dale.*
Pet ¡Ay de mí! ¿no hay quién socorra?
que me ahoga.
Luzbell. No, no pienses,
que mi furor te perdone.
Petis. Ay, ay que me lleva el diablo,
por aquestos cabezones.
Luzbell. Perro, infame, vil, traidor. *dale.*
Petis. Por testimonio me tomen,
que el Apetito, del diablo
huye temiendo sus golpes.
¿Parece algun Escribano
que lo escriba? sino voyme
de aquí al Infierno por él,
que allá los hay á montones. *Vás.*
Luzb. ¿Qué aguardo, que no disparo
mil reforzados cañones,
que de ese cielo derriben
cristalinos Orizontes?
Rabio de pena y corage;
en este pecho se esconden,
de todo el Infierno junto,
furiosas indignaciones:
No te escaparás, Alminda,
de mis violentos rigores,
aunque advertidos te guarden
reforzados Esquadrones.
Soldados mios, al arma,
alentad los corazones,
ántes que este Chrisidoro,
su prenda perdida cobre.
Ea, espíritus horrendos,
hijos del miedo, y la noche,
arrojad espantos, iras,
furias, asombros, horrores.
Salen Chrisidoro, y Didimo.
Chrisid. ¿Qué en tan buen estado está
de volver el Alma en sí?
Did. Yo pienso, Señor, que á tí
con industria volverá;
porque conociendo vá
el vil deleite inconstante
de Luzbello, falso amante,
la desdicha en que ha caido,
y la gracia, que ha perdido
en aquel fatal instante.
De la gran sabia Rigea
queda Alminda en compañía,
borrando la tiranía,
que la ha pintado tan fea.
Disponerse así desea,
por poder gustar mejor
de el hechizo superior
del blanco pan soberano,
precioso Don de tu mano,

dulce encanto de tu amor.
Chris. Que alegre y dichoso dia,
Didimo, aquel en que trata
el Alma, hasta ahora ingrata,
de reducir á ser mia.
Si venciera mi porfia
el rigor de su desdén,
quiero, amigo, que me den
de mi victoria contentos
todos los quatro Elementos
un alegre parabien.
Venza mi solicitud
la fuerza de aquel rigor,
que no quedará inferior,
mi amor á su ingratitud.
Si de tanta esclavitud,
el amor rompe los lazos,
hallará en mis dulces brazos,
una mina de favores,
á un desvelo, mil amores,
á un suspiro, mil abrazos.
Verá el Alma reducida
lo que mis amores crecen,
pues á un solas me estremecen
las señas de arrepentida.
Si al cruel Luzbello olvida,
será mi amor tan constante,
que á qualquiera leve instante
de dolor, que admita en sí,
le ha de responder en mí,
una aternidad de amante. *Vanse.*
Salen Alminda y Justa sin galas.
Just. Sin duda favorece
el cielo á Chrisidoro el piadoso,
pues el poder descrece,
de ese brabo Luzbello tenebroso,
y en el campo del Alma,
si un tiempo la ganó, pierde la palma.
Alm. Ya de la insigne Fedea
va obrando la eficacia poderosa,
con que se desagravia
de mis locuras, la razon quexosa,
y así volver espero,
al resplandor con que me ví primero.
Just. El Rey á verte viene.
Alm. Ya sabes tú, que el Alvedrio
en su poder me tiene.
Sale el Rey Alvedrio.
Alv. ¡O mi querida Alminda!
Almind. ¡O Señor mio!
Alved. Ya favorece el cielo,
del noble Chrisidoro el justo zelo;
ya está la suerte echada:
sube, querida Alminda, toma asiento,
que aquesta es la estacada.
Alm. Al tierno corazon le falta aliento.
Sientanse en alto los dos.
Just. Con razon teme el Alma,
en tan cierto peligro, incierta palma;
el confuso bullicio
se acerca ya, y las señas se repiten
del bélico exercicio:
á los brabos guerreros, que compiten
del Alma el casamiento,
ya siembra el campo guerra, horror el (viento.
Alv. Por esta parte veo
altos montes, que en pluma de colores
ganan bello trofeo,
al numeroso exército de flores.
Almind. Ya en vandos y vanderas,
veo esparcir al viento Primaveras.
Alv. Los dos contrarios miro,
vestidos de furor, de luz armados.
Alm. Y tanta pompa admiro.
Just. Qué vizarros que vienen! ¡qué alen-(tados!
ya las caxas se llegan.
Alm. Terribles olas de furor me anegan.
Salen por una puerta Petis, con vandera, trompeta y caxa, y en ella un Dragon pintado, y Luzbello armado. Y por otra puerta, Didimo, con vandera roxa, con un Jesus pintado, y Chrisidoro armado.
Chrisid. Famoso Rey, que en el alma
exercitas el dominio
imponiendo nuevas leyes
de tu Imperioso Alvedrio.
Bien sabes, que ha pedir vengo,
el precio, que es tan debido
á las finezas, que siempre,
por bien del Alma exercito.
Bien sabes, que la he librado
de mil fatales peligros,
pagando sus exquiveces,
con favores infinitos.
Hoy llego á dar la Batalla
al vano Luzbello altivo,

porque pretende el derecho,
que tan justamente pido.
Y así en la razon que tengo,
y en mi destreza, confio,
que tendrá su furia freno
y su arrogancia castigo.
Luzbell. Alvedrio generoso,
¿quién ignora ser delirio,
querer quitarme por fuerza,
lo que por derecho es mio?
Aunque á tu Alminda robé:
pero al fin, ella lo quiso,
y libremente en mis manos,
dexó su gusto cautivo.
Pues ella misma se entrega,
¿quién no juzga desatino,
querer conquistar con armas
las leyes del Alvedrio?
Mas sabrá, á poder del cielo,
este brazo executivo,
malograr con su valor
intentos tan deslucidos.
Y porque siempre con obras,
mis palabras acrédito,
ahora verás, Chrisidoro,
que executo quanto digo.

Luzbello furioso arranca la Espada, y Chrisidoro sosegado, con la Espada derecha, que será á modo de Cruz.

Chrisid. Enojo muestras, Luzbello.
Luzb. Ahora verás mis brios,
¡toma esa herida cruel!

Dale una estocada.

Did. Chrisidoro se vé herido.
Almind. ¡Ay la sangre qué derrama!
Chrisid. Muere, insolente enemigo.
Luzbello. Ya mis brios desfallecen.
Just. ¡Qué misterioso prodigio,
que Christo el herido siendo,
se muestre Luzbel vencido,
y vertiendo sangre el uno,
el otro pierda los brios!
Chris. En esto solo consisten
mis vencimientos Divinos;
pues con mi sangre, el poder,
de mis contrarios derribo.
Luzb. Aunque me siento cansado,
aliento cobro, y me ánimo
á herirle segunda vez.

Tirale otra estocada.

Chris. Estas heridas recibo,
porque sé que son tu muerte.
Luzbell. En vano ya me resisto.
Chris. Luzbello, afirmate, cruza,
cruza presto, fementido.
Luzbell. ¡Ay qué me mata esta Cruz!
Chrisid. Aunque tu á mis enemigos,
para darmela, incitaste,
hoy morirás á mis brios.

Arrodillase Luzbello.

Luzbell. Quan á mi pesar confieso,
que aquesta Cruz me ha rendido.
Chrisid. ¿No pides perdon?
Luzb. No tengo humildad para pedirlo,
que aun dura en mi arrogancia
de que á Gracelio he vencido,
y eternamente estaré
obstinado en mis delitos.
Toda tu Sangre desprecio;
y aunque llegáras propicio,
á ofrecerme tu amistad,
ni la busco, ni la admito.
Reniego de tu clemencia,
blasfemo tu Nombre, piso
tu Imágen, y contra tí,
perpétua guerra publíco.

Esto dirá furioso queriéndose levantar, y revolcándose.

Tu Iglesia derribaré
á coces, y á tus Ministros,
á bofetadas, á golpes,
á puñadas, á mordiscos
los desharé con mis dientes,
con mis uñas; y á tí mismo
se atreverán los Soldados,
que desde mi Infierno alisto.
A la Esposa que me quitas,
á pesar del hado esquivo,
verás, que desde mi Infierno,
eternamente persigo.
Esta vanda aunque te pese,
mira, con que me glorío,
de haber vencido á Gracelio.
Chris. ¡Ha! fiero traidor, que he visto
en esa vanda que muestras,
quan obstinado, y altivo,

te tienen de tu sobervia
los protervos desatinos.
Y a í, no te mato yo:
la Gracia, que tus delitos
te quitaron la arrogancia,
con que obstinado has vivido,
te abate, Luzbello fiero,
Gracelio, por tí vencido;
Luzbel, Gracelio te mata.

Dale Chrisidoro una estocada, cae en la trampa del escotillon, y salen llamas, y tocan Clarines, celebrando la victoria.

Luzb. Gracelio, me echa al Abismo. *Vas.*
Didim. Victoria por Chrisidoro.
Almind. ¡O cielos justos, benignos,
qué piedad tan milagrosa!
Alv. ¡Qué suceso peregrino!
baxemos, Alminda amada.
Petis. ¡Ay qué desgracia que ha sido!
esta vez juro, ¡ay de mí!
que me expetan en dos picos,
ó que me hacen chicharrones
en una sarten bien fritos,
para que almuerce Justilla,
las Fiestas, y los Domingos.
Didim. ¡Qué victoria tan dichosa,
cantenla siempre los siglos!
Alm. ¿Qué lauro tan bien ganado?
Chrisid. Todo es tuyo, Dueño mio,
que siempre vence el Amor.
Petis. Yo quedo en brete metido,
ya mis meriendas, y almuerzos,
las daré por un comino.

Baxan el Rey, Alminda, y Justa y sale Gracelio.

Alm. Dadme los brazos, Esposo.
Chris. Ya nuestra amistad confirmo,
pues he visto, que Rigea,
ha vuelto á Gracelio vivo:
ya estás en Gracia, Alma mia.
Alm. ¡Ay Dios, qué dichosa he sido!
¡qué bella viene la Gracia!
Grac. Con el encanto Divino
de la sabia penitencia,
mas gallardo resucito.
Por tí vivimos, Señor.
Chris. Pues desde hoy mas, Alvedrío,
ten con el Alma, cuidado.
Did. Alma, el soberano hechizo,
de las palabras, y el agua,
dichoso efecto han tenido.
Alm. El ser le debo á Rigea.
Did. En este mar de prodigios,
se anega el Entendimiento.
Chris. Solo me falta, que ahora,
Alma, en este regocijo,
de mi alcanzada victoria,
gustes de aquel Pan Divino,
que perdida te enseñé,
quando de Pastor vestido,
disfracé mi grande amor,
para volverte á mi aprisco.
Pues con ese Pan tendrás
para seguirme mas brios:
nunca olvides á Rigea.
Alm. Siempre en tu memoria vivo,
y á tí, bizarro Gracelio,
mi tierno pecho dedico.
Grac. Pues sabes, que tu hermosura
acredito, quando vivo,
guardate de verme muerto,
que no siempre resucito.
Alm. Dulce vencedor glorioso.
Chris. A tí mis glorias dedico.
Decid todos, viva el Alma.
Todos. Viva el Alma, eternos siglos.
Chris. Y así rindiendo al demonio,
la roxa sangre de Christo,
el Divino Chrisidoro,
os pide de gracia un victor. FIN.

Se hallará esta Comedia y otras de diferentes títulos en Salamanca en la Imprenta de D. Francisco de Tóxar, calle de la Rua.